



■ Eduardo González Viaña El corrido de Dante Úrsula León

Ya lo había dicho Alfredo Bryce: la prosa de González Viaña es tan perfecta que nos hace cantar mientras la leemos. En realidad es así, y no solo lo reconocen autores peruanos como el citado caso de Bryce o Vargas Llosa, sino también lo podemos verificar por los premios ganados: Premio Nacional de Fomento a la Literatura, Kon Tiki (Noruega), Juan Rulfo (Francia), Paterna Faculty Honors (EE.UU) y el Premio Internacional Latino de Novela (EE.UU) por la novela *El corrido de Dante*, que dejó en segundo lugar a Isabel Allende y Gioconda Belli.

El argumento es simple: se narra las aventuras y peripecias que vive Dante Celestino, el protagonista central de la novela, al emprender el viaje, que lo llevará por distintos territorios de Estados Unidos, en búsqueda de su hija, Emmitta, quien escapó con su novio du-

rante la fiesta de quince años. Lo que en un primer momento podría hacernos pensar en un caso anecdótico y particular, muy bien narrado por cierto, termina por ser la metáfora de la vida de los migrantes latinos en Estados Unidos. Así, el viaje que realiza el protagonista no es solo geográfico sino también interior, no solo al recordar las peripecias vividas al intentar cruzar las fronteras, sino aquellas que vivieron Beatriz y otros personajes de la novela.

En este sentido podemos identificar los guiños que establece la novela con obras de la literatura universal como *La Divina Comedia*. Esto no solo por el nombre del protagonista, Dante, el burro que lo acompaña durante el viaje, Virgilio, y su esposa ya muerta, Beatriz; sino porque durante el viaje nuestro protagonista pasará, de la mano de los personajes mencionados, a través del infierno, purgatorio y cielo del territorio norteamericano. A ello habría que añadir el guiño con la *Odisea*, aquí Dante, cual Ulises, emprenderá el viaje que lo llevará de nuevo al lado de su hija, al mismo tiempo que encarna los valores familiares, del mismo modo Beatriz, cual Penélope, es la esposa fiel que espera el encuentro con el ser amado. A esto se añade no pocas referencias a la Biblia, no solo por el tema del

éxodo, que involucraría a toda la población migrante en su lucha por cruzar la frontera para llegar a la "tierra prometida" (Estados Unidos), sino también por otros nexos que se establecen como la imagen del burro en determinados capítulos (por ejemplo, cuando se narra la entrada que realiza Dante a una ciudad montado sobre el burro en clara alusión a la que realizó Jesús al entrar a Jerusalén), o incluso la imagen del propio protagonista cuando es maltratado y denigrado por unos delincuentes chicanos al arrancarle las ropas y repartírselas entre ellos, al igual cuando Jesús es maltratado por los soldados romanos antes de su crucifixión.

A esto debemos sumar que la narración de González Viaña se enmarca dentro del llamado "realismo-maravilloso" que tan conspicuos representantes ha tenido en la literatura latinoamericana, pero en el caso particular que nos concierne tendríamos que añadir cierto discurso onírico y poético que se despliega a lo largo de la novela, sin dejar de lado el humor, la ironía y cierta crítica a determinados personajes que, como podemos verificar en los casos antes mencionados, resumen una cierta idiosincrasia, así podemos citar el caso del academicismo, encarnado por un par de intelectuales que pretenden establecer conexiones literarias establecidas con los "corridos" o canciones que interpreta un grupo de música. El otro caso más evidente, y el más escalofriante también, es el de Leonidas García, sicario de uno de los tantos mafiosos que aparecen en la novela pero que, al contrario de su jefe, goza matar por el simple hecho de hacerlo. Con este personaje no solo se hace alusión al "Servicio de Inteligencia" que alguna vez operó en nuestro país sino también al racismo ridículo que predicaban ciertos sectores sociales: "(...) él les decía que no solo lo hacía por los dólares sino también por gusto porque a él tampoco le agradaban estos indios (...), los gringos *Patriots* se quedaban un poco asombrados porque no le veían mucha diferencia física con el resto de inmigrantes" (277).

De esta forma, esta novela se establece no solo como una de las más ricas, por la profusión de temas y alusiones que establece, sino como una de las más actuales porque pone sobre el tapete uno de los problemas más importantes dentro de este mundo globalizado: la inmigración. Repitiendo lo que dijo Vargas Llosa, González Viaña nos ofrece un "testimonio magnífico de la presencia latinoamericana en Estados Unidos". Pero su mérito no queda ahí sino que a ello debemos sumar la prosa rítmica que hace fluir la narración, como dijo Ricardo González Vigil, de forma "encantatoria cual versos olvidados de las convenciones métricas", a tal punto que el texto en sí mismo termina siendo, por así decirlo, una canción, un "corrido". ■

González Viaña, Eduardo. *El corrido de Dante*. Lima, Editorial Planeta, 2008.

■ Carlos Aguirre Dénle duro que no siente Charles Walker

Este libro, de llamativo título y pulcra edición, reúne trece ensayos del historiador peruano Carlos Aguirre. Están distribuidos en tres secciones que reflejan fielmente las líneas de trabajo que caracterizan sus investigaciones: el delito, la esclavitud y la historiografía. En la introducción, el autor destaca la importancia de estos temas para entender al Perú actual, sobre todo la persistencia del autoritarismo y la violencia.

Tres aspectos del trabajo de Aguirre como historiador sobresalen y logran asegurar no solo la calidad de los ensayos sino su coherencia como conjunto. En primer lugar, tiene el buen ojo y la persistencia de los mejores historiadores sociales. Ha logrado encontrar fuentes en los archivos limeños sobre grupos marginales y hasta olvidados (de los cuales se decía que no se podían estudiar por falta de documentación), así en sus ensayos los ladrones, sirvientes, esclavos, menores y mujeres delincuentes no solo son temas de investigación sino actores o "agentes" en las luchas alrededor del poder, la identidad y la creación del Perú moderno. Su trabajo de archivo y su talento como escritor se combinan para producir ensayos importantes y lúcidos.

En segundo lugar, el libro demuestra su atención a temas mayores, su contribución a debates teóricos. Sus artículos se mueven hábilmente entre los submundos limeños y los debates en otros continentes. Aguirre ha contribuido a las discusiones globales sobre el delito, el control social, la resistencia y la esclavitud. Un dato demuestra esta importancia o reconocimiento como historiador: estos textos fueron publicados originalmente en Alemania, Argentina, España, Estados Unidos, India, hecho no muy común para un intelectual latinoamericano. Y en tercer lugar, todos los textos manifiestan su preocupación por la historiografía. Su trabajo se nutre y dialoga con una amplia variedad de discusiones, escritos en varios idiomas, y contribuye a debates fue-



ra del Perú. Su conocimiento de la historiografía peruana es particularmente notable y en todos los ensayos el autor indica vacíos, destaca trabajos poco conocidos y sugiere nuevos derroteros. Los estudiantes se van a beneficiar particularmente de los tres textos explícitamente historiográficos o comparativos, aunque en realidad todos los textos parten con un buen resumen del estado de la cuestión.

Dénle duro no solo es una útil colección de ensayos, sino también debería provocar un debate (o varios debates) sobre la criminalidad y el autoritarismo. Como el autor destaca en su introducción, son temas con una notable y lamentable relevancia hoy en día. La inseguridad en las calles y la ineficacia del Estado son temas de discusión en todas las mesas limeñas y el primer momento que escucha alguien que viene del extranjero. Los científicos sociales, sin embargo, no han logrado promover una discusión seria sobre estas materias, lo que en mi parecer termina apoyando a las respuestas inmediatistas y exclusivamente represivas (más policías en las calles, por ejemplo). El autor indaga sobre la historia de la tradición autoritaria (allí se siente la influencia de Alberto Flores Galindo): describe las diferentes reacciones de mano dura de parte del Estado o de la sociedad frente a lo que entienden como la falta de control social. A largo plazo, es evidente que no producen los resultados deseados y más bien muchas veces tienen fines electoreros (el caudillo conservador que impone orden, figura reiterativa en la República) o represivos (debilitar grupos “subversivos”). Por otro lado, Aguirre resume distintos esfuerzos reformistas en cuanto al sistema disciplinario —las cárceles sobre todo— que al final terminan fracasando por inercia administrativa, desinterés, o la oposición de grupos interesados. Sus ensayos, entonces, demuestran la complejidad, tal vez la dialéctica, de una sociedad como la peruana, que es a la vez muy autoritaria y permisiva. Sería estupendo (en realidad, indispensable) que un debate sobre la inseguridad actual incorpore estos aspectos históricos.

Los ensayos muestran cómo los prejuicios clasistas y racistas van de la mano con los episodios autoritarios. Aguirre demuestra la larga tradición del autoritarismo en el Perú, sobre todo su reproducción en el hogar, el trabajo, y las instituciones públicas. Donde ha podido indagar más tal vez es en la reproducción de los códigos y prácticas racistas y autoritarios dentro de los sectores populares. El autor evita caer en el argumento simplista de que el racismo y el autoritarismo solo vienen de arriba —del Estado y de las clases dominantes—, pero podría explorar más su reproducción y sus manifestaciones en otros espacios. Es un tema amplio y tal vez sea más justo pedir que otros investigadores, sobre todo los jóvenes, vuelvan a estas interrogantes muy bien planteadas por Flores Galindo y Aguirre.

Dos comentarios finales. Muchos científicos sociales peruanos radican en el extranjero, algunos con carreras des-

tacadas como en el caso de Aguirre (profesor en la Universidad de Oregon). El éxodo siempre se ha visto como una gran pérdida para la vida intelectual peruana. Este libro, sin embargo, demuestra que no se debe exagerar la diferencia entre los que viven aquí y los que viven en el extranjero en cuanto a su contribución a los debates nacionales. Aguirre no solo participa en debates globales sino también trabaja con alumnos peruanos y tiene una notable presencia en la vida intelectual limeña. Este libro es evidencia de este protagonismo en las ciencias sociales peruanas. Finalmente, quisiera felicitar al Fondo Editorial del Pedagógico San Marcos por haber producido un libro atractivo y bien cuidado. Parece que se acabó la época en que solo las editoriales “grandes” publicaban libros de peso, sobre todo en las ciencias sociales. Como en muchas otras cosas, la producción bibliográfica peruana está avanzando en la descentralización y, con ello, mejora la calidad de los productos. Una excelente noticia para los lectores. ■

Aguirre, Carlos. *Dénle duro que no sienta. Poder y transgresión en el Perú republicano*. Lima, Fondo Editorial del Pedagógico San Marcos, 2008.



■ Carlos Aguirre y Carmen Mc Evoy (editores) Intelectuales y poder Hugo Neira

Carlos Aguirre y Carmen Mc Evoy, los compiladores del libro con diversos trabajos que vamos a comentar, tienen algo en común. Son gente de sendas carreras universitarias en el ámbito de los Estados Unidos. El primero de los mencionados en la Universidad de Oregon, y la segunda en la University of the South, Sewanee. Ambos son historiadores, aunque de intereses un tanto diversos. El profesor Aguirre ha preferido temas sensibles como la esclavitud o la historia del

castigo: “heridas que no dejan de sanar”, como dice el intitulado de uno de sus libros. ¿Un culto al mejor Foucault? Se me ocurre. Por su parte Carmen Mc Evoy, con no menos vigor, la emprende en los últimos años sobre la guerra del Pacífico, el *homus politicus*, o sea, Manuel Pardo. “La República peregrina”. Es decir, la gente en armas y en letras de la América del Sur de 1800-1884. Pero a lo que voy, ambos tienen una muy buena costumbre. No se quedan anclados en sus respectivas cátedras americanas. Cada cierto tiempo, la verdad que con mucha frecuencia, nos visitan. O sea, arman y organizan estupendos coloquios en Lima donde se cruzan espadas entre especialistas, tanto peruanos como norteamericanos. El fruto de uno de esos encuentros es el libro que de inmediato paso a comentar. Pero habría que, como decía el bueno de Sartre, “situarlo”.

Este trabajo que sus editores llaman colectivo, en realidad se descompone, como en todo libro surgido de un coloquio, en ponencias transformadas en artículos. La organización es sencilla, tiene un carácter diacrónico, vale decir, se inscribe en el suceder histórico. La primera parte sobre la *ciudad letrada* colonial, que por lo visto no fue la taza de aceite que algunos suponen, sino llena de “conflictos y disidencias”. (pp.45-115). La segunda parte son las prácticas culturales e intelectuales en los orígenes del Estado nación (pp.121-221). La tercera parte trata de la construcción intelectual en el Perú moderno. Y la cuarta, titulada *Más allá de la ciudad letrada*, reúne trabajos sobre los intelectuales y las tensiones para diversos sectores sociales (pp.385-510). La parte final es un texto de Jean Franco, incontestable maestra en la materia, sobre la América Latina en la *república mundial de las letras*.

Quiero ahora dedicar este párrafo a las calidades. Los trabajos, todos, están muy bien trabajados, investigados y bien expuestos. No se ha invitado a cualquiera y no hay improvisación. Son sólidas contribuciones, desde el texto de Pedro Guibovich sobre el poder y la pluma, es decir, la censura del *Arauco Domado* de Pedro de Oña (p.47 y ss.), al abordaje de la obra de Pedro de Peralta que emprende Rodríguez Garrido, la de Víctor Peralta sobre Llano Zapata (al fin alguien se da cuenta de que ese fue un inmenso sabio colonial). O el texto de mi colega francés y amigo Bernard Lavallo sobre los intelectuales de la época colonial, entre *la subordinación y el poder del discurso* (¿solo los coloniales?). Ahora bien, ¿tengo derecho a mis preferencias? Me interesó el trabajo de José Ragas, *Los ideólogos del Leviatán*, Perú, 1791-1876, obviamente, por algún tema y trabajo de investigación mío. Mucho el de Marcel Velázquez sobre *las novelas de folletín*, suerte de utopías y biotecnologías en la Lima del siglo XIX. Mucho lo de Carmen Mc Evoy, sobre *Francisco García Calderón*. La próxima vez, Carmen, mira

mejor la bibliografía existente que sobre ese pensador liberal he escrito largo (Cf. *Hacia la Tercera Mitad*, pp.363-374). Interesante el de Ruiz Zevallos, pero habría que explicar eso del “orientalismo” comparado con el indigenismo. Por estos lares, todavía muy provincianos, Oriente es Iquitos, los chunchos y las charapas. El orientalismo al que se refiere el muy culto Ruiz Zevallos, pero por lo mismo un tanto despistado, hace referencia, si es que no me equivoco, a la postura asumida desde 1980 por el escritor Edward Said desde su tribuna en *The Nation*. Un año antes, Said había publicado su libro *Orientalismo*, donde estudiaba precisamente la genealogía de las ideas occidentales con fuerte prejuicios sobre el Islam. Pero su «orientalismo» no es solo eso. Es una crítica de la manera académica de ver el mundo del Medio Oriente. Es otra cosa, una descolocación física, personal, existencial. En efecto, Edward W. Said, nacido en 1935 en Jerusalén, de madre palestina y padre nacionalizado estadounidense, se radicó en Estados Unidos, donde estudió en las universidades de Princeton y Harvard. Francamente, no veo dónde está la relación con los indigenistas mexicanos o bolivianos. En ellos no hubo “orientalismo”.

Quiero ahora dedicar el párrafo final a lo que no me gusta, o en todo caso, al tipo de enfoque que no comparto. Y no hablo de investigaciones u opiniones, sino de métodos de aproximación a la materia central, es decir, los intelectuales y el poder. Concedamos, los trabajos sobre los intelectuales tienen sus bemoles. No es que no tengan que tratar de los artistas, los narradores, pero el tema en algún momento deja de ser parte de *la ciudad letrada*, y se hace parte de la ciudad política, tanto como cuando se aborda el papel de la gran Banca, la Iglesia o las Fuerzas Armadas. No por azar, todas estas instituciones se inscriben con mayúsculas. Pero raro es el alto militar o el potentado o el eclesiástico que tome la pluma para escribir sobre él mismo. Las corporaciones, las burocracias terrestres y celestes, diría el maestro Max Weber, son discretas. De modo que escribir sobre ellos, los intelectuales, es un poco jalarle la cola al tigre. Su poder, sin embargo, parece modesto, pero no lo es. ¿Por qué no lo es? Porque son a la vez parte del saber pero también del poder. Del poder simbólico (Bourdieu) y del poder político (Weber, Dahl, Sartori).

Cuánto lo siento. Ya hice intervenir de rondón, en *la ciudad letrada*, dos excluidos. Los filósofos, y con ellos los maniáticos de los epistemes, las definiciones previas y claras, entre las cuales me cuento, sin ser filósofo, o lo que por esto se entiende. El segundo grupo de excluidos son la gente de ciencias sociales. Dicho de otra manera, los estudios sobre los intelectuales no son simples historias de narrativas, ni es historia de las ideas o de las mentalidades, ni es únicamente sociología de las formas de la producción del saber o de